queta; que, por el contrario, en medio de un numeroso círculo podían acercarse varios y ella estudiarlos sin despertar murmuraciones ni comprometerse con ninguno de ellos en particular.

Mr. Diétrich se rindió á la fuerza de tales argumentos, reconociendo que una persona tan segura de sí misma como Cesarina no podía encontrar en la sociedad peligros con que sólo tropiezan las almas tímidas. Como se ve, empleaba argumentos más fuertes que los que había tenido su madre para buscar la sociedad, y Mr. Diétrich, que no había cedido nunca con gusto á los deseos de su mujer, se rindió á la indicación de su hija.

Una gran fiesta inauguró el nuevo género de vida que íbamos á emprender.

Al día siguiente de aquel baile tan laboriosamente preparado y realizado con tal magnificencia, pregunté á Cesarina, pálida por el cansancio de la fiesta, si estaba satisfecha.

—¿Satisfecha? ¿De qué? ¿De haber recibido todo ese tumulto de gente que me rodeaba en mi infancia? ¿Creéis que la frivolidad de ese esplendor sea nueva para mí? ¿Me tomáis por una colegiala fascinada por su primera fiesta? ¿O creéis que el mundo ha variado tanto desde que yo no le veo? Siempre es el mismo, frívolo en el fondo;

pero en él es preciso vivir ó ser esclava de la soledad. La libertad vale bien que se sufra por ella y yo he resuelto sufrir por otras ventajas. A propósito—añadió—tenía que deciros una cosa: me parece que no me encuentro bien guardada en medio de esa multitud. Mi padre es tan poco á propósito para recibir, que se mete en un rincón y todos los recién presentados tienen que acudir á mi tía Herminia para que les haga los honores de la casa y me los presente á mí; mi tía tiene unas maneras tan poco distinguidas, y sus costumbres de ama de gobierno, más que de señora de salón, la hacen tan poco respetable, que todo el mundo se burla de ella. La verdadera persona distinguida aquí sois vos, Paulina. Vuestra condición de aya, de institutriz os tiene en cierto modo privada de hacer los honores de la casa, y yo quiero elevar vuestra condición empezando por que en lugar de hablarnos de vos nos hablemos de tú. No os riáis; al tutearme os eleváis al grado de amiga y de hermana; sois mi segunda madre y ésta es la autoridad, la superioridad que busco. El vos os coloca en un grado de segundo orden que no me agrada, y además no me favorece el que puedan creer que dependo sólo de mí.

—¿Es ese vuestro deseo?

—Sí tal. Venid, llevemos la cuestión á mi mismo padre y veréis como aprueba mi opinión, estoy segura.

En efecto, Mr. Diétrich me rogó que tuteara á su hija y me dejara tutear por ella. El efecto que esto produjo en el interior de la familia fué mágico; los criados me trataron aun con mayor consideración, como á un individuo de la familia.

En cuanto á mí, al prestarme á aquel supuesto homenaje de mi discípula, no podía figurarme lo que sucedería, esto es, que dejándome todos los derechos de igual á igual, se disponía á resistirme con la misma llaneza.

Sin embargo, alguien se atrevía también á resistirla á ella: el Marqués de la Rivonniere, á pesar de las invitaciones repetidas de la joven y de su padre, no se presentó en la primera reunión ni en la segunda; le creíamos enfermo; enviamos á saber noticias suyas y nos dijeron que estaba ausente.

Un día que yo había salido á hacer algunas compras le encontré; íbamos los dos á pie y yo me atreví á indicarle la extrañeza que habíamos sentido al no verle aparecer por casa. Me pareció, si no sentido, vivamente preocupado, y ya pensaba en despedirme de él cuando con un cambio un tanto brusco me ofreció su brazo para atravesar el patio del Louvre.

—Necesito hablaros—me dijo—porque es posible que vuestra discípula y amiga no diga toda la verdad sobre lo que nos concierne; quizá no se da cuenta á sí misma ni cree estar tan reñida conmigo, y no comprende que yo pueda estarlo con ella.

Parecióme dura la palabra para las relaciones puramente amistosas que entre los dos habian mediado, y se lo hice observar.

—Decís bien—repuso;—es muy difícil hablar claramente de amor y de matrimonio á una joven que está tan bien vigilada por vos; pero cuando no se puede hablar se escribe, y Mlle. Diétrich no se ha negadado á leer mis cartas ni se ha negado á contestarlas.

—¿Es cierto lo que me decís?

—La prueba—repuso—es que al veros dispuesta ya á dejarme he creído que nadie mejor que vos puede ser portadora de sus cartas. ¿Me permitiréis que os las envie esta tarde?

—Ciertamente; obráis como hombre delicado.

—No, sino como hombre que quiere curarse. Las cartas de Mlle. Diétrich podrían ser leídas en una conferencia pública, tan frías y puras son;

por eso quizá no me las habrá pedido, y hasta las habrá olvidado, porque si en las mujeres escribir es una imprudencia, el deseo de escribir es una garantía. Esa niña, verdaderamente superior, sabe apreciar sus sentimientos y decir lo que piensa sin otorgar la menor ventaja, ni permitir á sus víctimas la menor queja.

—Entonces, ¿por qué estáis enojado?

—Lo estoy conmigo mismo. Por un momento he podido hacerme ilusiones al ver que ella tenía empeño en atraerme á su intimidad; me ha ofrecido su amistad con insistencia y he sido bastante fátuo para creer que no haría esa concesión á un pretendiente destinado á un desaire como tantos otros. Le he dejado ver esta necia confianza, y entonces se ha burlado de mí, diciéndome que entraba de nuevo en la sociedad y que en ella tratara de alcanzarla si podía. Esta respuesta me ha herido en el corazón y he renunciado á Cesarina; podéis decírselo así.

—No lo creerá, no lo creo yo tampoco.

—Pues bien, sabed que entre ella y yo he puesto un obstáculo, una falta; me he echado en brazos de una aventura estúpida, culpable quizá, pero que me aturde, que me impide reflexionar. Esto es mejor que volverse loco ó envilecerse hasta la

esclavitud. He concluído mi confesión, esta tarde os enviaré las cartas, y ahora me vuelvo al campo á ocultar mis amores á dos leguas de París, mientras mi familia y mis amigos me creen en Suiza.

En efecto, aquella tarde recibí un paquete cuidadosamente sellado, que fuí á depositar en el buró de nácar de Cesarina. No quería verla contrariada al creerme dueña de aquel secreto, y encontrando las cartas no sabría cómo se había operado la restitución.

Al cabo de algunos días me contó ella misma el hecho y manifestó temor por si las cartas habían pasado por manos de su padre. Yo la tranquilicé.

—Te las habrá traído—dije—la persona que sirviera de intermediaria á vuestra correspondencia.

—No hay ninguna—dijo;—no soy tan necia que vaya á confiarme á criados: cambiábamos nosotros mismos nuestras cartas; él me daba la suya en un ramillete y encontraba la mía en un cuaderno de música colocado sobre el piano, que él fingía hojear por distracción; representaba muy bien la comedia.

—¿Para eso me rogaste que asistiese á vuestras entrevistas? No hubieras necesitado más que hacer una seña para indicarme que querías hablarle.

—¡Qué quieres! ese misterio me agradaba, y además, ¿qué hubiera dicho mi padre si te hubiera hecho faltar á tu deber de vigilante? No me reconvengas, y explícame, si es que lo sabes, cómo esas cartas han llegado hasta mí. Preciso es que él se haya confiado á alguno, y si tal supiera.....

—No te alteres; su confidente he sido yo.

—Eso es otra cosa. ¿Y le has visto?

Se lo referí todo, excepto el recurso de que el Marqués había echado mano para curarse; no me parecía digno de llegar á oídos de una niña, y ciertas conversaciones libres estaban prohibidas delante de Cesarina, pudiendo asegurarse que ésta, á pesar de su genio atrevido é independiente, ignoraba de esos detalles de la vida libre de un hombre, cuya apreciación es peligrosa en la mente de una joven. La pequeña Irma Diétrich, su prima, sabía más que ella en este terreno, y solía deslizarse hablando de alguna aventura picante ó de mujeres ligeras, conocidas de todo el mundo; pero Cesarina se sonrojaba y la hacía callar.

Comprendió, pues, de muy distinto modo la ligera indicación que le hice de que el Marqués, con tal de olvidarla á ella, había buscado otro cariño, y creyó sencillamente que se trataba de un matrimonio.

—Ya ves—me dijo—si tenía razón en dudar de él; ya ves la formalidad que tienen los hombres; decía que se moría si le quitaba toda esperanza; le he dejado alguna y ya ves qué pronto se ha curado. Voy á enseñarte sus cartas, las leeremos juntas y esto me servirá de lección; es un ejemplo que no olvidaré.

Las cartas del Marqués estaban bien pensadas aunque escritas con espontaneidad; parecióme que pintaban un amor sincero y así se lo hice observar á Cesarina. Ésta se burló de mí y me dijo que no le conocía, que aquello era una novela y que ella no había sido engañada ni un momento. Cuando concluímos la lectura, tuvo un momento de quererlas arrojar al fuego, pero se contuvo, las reunió, las ató con una cinta negra y las guardó en su secreter, burlándose, sobre aquel luto, del primer amor que había inspirado; pero á pesar de su sarcasmo ví rodar una lágrima por su mejilla y comprendí que no había concluído todo entre ella y el Marqués.

Pasó el invierno sin que volviéramos á verle. Otros diez aspirantes se presentaron y entre ellos los había para todos los gustos, de todas edades, condiciones, caracteres, fortuna y talento, pero ninguno fué admitido, aunque ninguno fué con

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

claridad desechado. Cesarina quería constituirse una corte, y por eso no admitía ningún homenaje directo ni desechaba ninguna pretensión.

Gustaba mostrarse en público rodeada de adoradores, á los que sabía mantener á respetuosa distancia.

Pasamos el estío en Mireval y en los baños; allí encontramos á Mr. de la Rivonniere que de nuevo recobró su cadena como si no la hubiera roto, y me preguntó que si había vendido el secreto de su confesión.

—No—le dije—no era de naturaleza de publicarle. Sin embargo, si os casáis con Cesarina, os ruego se lo confeséis á ella, porque no quiero ser vuestra cómplice.

—¡Cómo!—repuso—¿debo contar á una niña, cuya pureza me es sagrada, las aventuras ligeras que se cuentan á un camarada?

—No por cierto, pero como esta vez habéis sido culpable, según vos decís.....

—¡Razón más para callarme!

—Es que lo habéis sido para con Cesarina y volvéis á ella con una mancha que antes no teníais.

—Pues bien, me confesaré cuando sea preciso; pero para que tenga yo ese valor, preciso es reconocerme querido: hasta entonces no me creo obligado á nada; hoy soy libre, le he sacrificado un amor pasajero, ¿qué no haría para conquistar el suyo?

¿Le amaba Cesarina? En el regocijo que sintió al esclavizarle de nuevo podría creerse que sí: le recibió con la misma amabilidad que si se hubieran despedido la víspera, éste era su castigo y así lo comprendió el Marqués. Cesarina no le hizo ninguna reconvención; pero le colocó en el grado mismo en que le tenía el año último, y él se consoló reconociendo que aún era el más adelantado de cuantos rendían homenaje á su ídolo.

Aquí terminaré este frío relato, necesario para pintar una situación que se prolongó hasta la época en que Cesarina llegó á su mayor edad. Yo contaba salvar más proto los cinco años que consagré á su instrucción, y aun en ellos he suprimido de intento la descripción de muchos viajes y el detalle de muchos personajes que se mezclaron más ó menos íntimamente en la vida de mi heroína. Deseo llegar á sucesos que turbaron más hondamente nuestra tranquilidad, y que hubieran parecido imposibles á no hacer yo tan detenido examen de aquella niña, cuya educación me había sido confiada.